



VICTORIA GALVÁN GONZÁLEZ
JOSÉ ISMAEL GUTIÉRREZ
ÁNGELES MATEO DEL PINO
FRANCISCO J. QUEVEDO GARCÍA
OSVALDO RODRÍGUEZ PÉREZ

Ínsulas forasteras. Canarias desde miradas ajenas

EDITORIAL  *Verbum*

Presentación del libro *Ínsulas forasteras. Canarias desde miradas ajenas*. Madrid:
Verbum, 2009. Victoria Galván González, José Ismael Gutiérrez, Ángeles Mateo del Pino,
Paco Quevedo García y Osvaldo Rodríguez Pérez

Imagen de Portada:
Néstor Martín-Fernández de la Torre (Néstor).
Gran Canaria. Gouache, 120 x 120 cms
Dirección General de Transportes, Turismo y Comunicaciones del Gobierno de Canarias.

ÍNDICE

ÍNSULAS FORASTERAS. CANARIAS DESDE MIRADAS AJENAS

Victoria Galván González

José Ismael Gutiérrez

Ángeles Mateo del Pino

Francisco J. Quevedo García

Oswaldo Rodríguez Pérez

Prólogo

José Ismael GUTIÉRREZ

Canarias en la historiografía indiana: un archipiélago por inventariar

1. Alteridad e “invención” de las Islas
2. Simientes de la atlanticidad
3. El simbolismo de lo insular: auge y devaluación de un mito
4. Una rutilante constelación de tópicos
5. Consideraciones finales

Victoria GALVÁN GONZÁLEZ

Imágenes de Canarias en la literatura europea (hasta el siglo XIX)

1. Introducción
2. La mirada de viajeros visitantes y lectores
 2. 1. La mirada alemana
 2. 1. 1. Alexander von Humboldt
 2. 2. La mirada francesa
 2. 2. 1. Jean Marie Jérôme Fleuriot de Lange
 2. 2. 2. Sabin Berthelot
 2. 3. La mirada inglesa
 2. 3. 1. Olivia Stone

Francisco J. QUEVEDO GARCÍA

Canarias desde los escritores españoles contemporáneos en los siglos XX y XXI

1. Del espacio de Canarias en la literatura española contemporánea
2. De Fuerteventura a París: testimonio del destierro
 2. 1. Unamuno conoce Canarias
 2. 2. Desterrado pero no en silencio
 2. 3. El Quijote por Fuerteventura
3. Carmen Laforet: *La isla de los demonios*
 3. 1. *Nada*
 3. 2. Más allá de *Nada*
 3. 3. *La isla de los demonios*: el sustrato de la insularidad en Carmen Laforet
4. Una isla y un misterio: acerca de *La niebla y la doncella*, de Lorenzo Silva

4. 1. Ligeramente sobre la novela negra actual en España
4. 2. Lorenzo Silva: en la nómina, pero huyendo de la clonación
4. 3. Lorenzo Silva y Canarias: *La niebla y la doncella*

Ángeles MATEO DEL PINO

Entre el mundo y el deseo: escrituras del ámbito insular

1. La isla como símbolo: Paraíso. Infierno. Purgatorio
2. La isla o el espacio de la muerte: Severo Sarduy
3. Los paraísos encontrados: Manuel Díaz Martínez

Oswaldo RODRÍGUEZ PÉREZ

La recreación imaginaria de Lanzarote en tres autores foráneos: José Saramago, Carlos Fuentes y Michel Houellebecq

1. Consideraciones preliminares
2. Lanzarote, el refugio insular de José Saramago
3. Recreación de Lanzarote en *Los años con Laura Díaz* de Carlos Fuentes
4. *Lanzarote. En el centro del mundo* de Michel Houellebecq

Colaboradores

PRÓLOGO

El libro que el lector tiene entre sus manos, *Ínsulas forasteras. Canarias desde miradas ajenas*, se gestó hace ya algunos años, cuando un grupo de compañeros de la Facultad de Filología de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, los mismos que ahora somos —Victoria Galván González, José Ismael Gutiérrez, Ángeles Mateo del Pino, Francisco Quevedo García y Osvaldo Rodríguez Pérez—, decidimos llevar a cabo un trabajo de investigación, con el objetivo de presentarlo a la convocatoria de “Proyectos de Investigación sobre las relaciones entre Canarias-América 2002”, financiada por el Cabildo Insular de Gran Canaria a través de la Casa de Colón. Nuestra propuesta, que fue aceptada, se denominaba *Invencción de Canarias (Construcción literaria de un imaginario)* y pretendía dar cuenta detallada de todos aquellos autores foráneos que a lo largo de los siglos hubieran recreado el espacio canario en sus escritos. Sin embargo, pronto nos percatamos de que la empresa resultaba demasiado ambiciosa, pues la nómina de escritores y obras de diversas épocas y geografías no hacía más que aumentar, lo que hacía imposible acotar el tema de estudio. Esto nos llevó a revisar y a replantear nuestros primeros objetivos con el fin de profundizar en algunos aspectos que, en principio, no consideramos pertinentes. Es así que este volumen no sólo se ocupa de aquellos escritores de oficio, sino también de marineros, eclesiásticos, historiadores, hombres de acción, viajeros, botánicos, científicos... que han proyectado a Canarias en sus obras, casi a la misma vez que la han imaginado y construido. De ahí que nos haya interesado examinar no sólo la visión de aquellos que han pisado esta tierra, sino también de los que nunca la han visitado pero que, sin embargo, han elucubrado acerca de ella. Esta constante *literaturización* a través del tiempo es lo que nos ha conducido a analizar diversas formas literarias como la novela, el relato y la poesía, pero también otras escrituras como las crónicas, el diario o el ensayo. Para completar nuestro estudio consideramos oportuno ahondar en diversos conceptos, tales como en el de “imagen” y sus implicaciones a propósito de las representaciones sobre referentes reales o inventados, experimentados o fantaseados. O bien en el de “isla” y sus muchas connotaciones —míticas, psicológicas, literarias—. Pensamos que con ello podíamos ofrecer un recorrido por las múltiples interpretaciones con las que se ha recubierto a las islas a lo largo de la historia y cómo se ha configurado el arquetipo del *topos* insular para poder aplicarlo al archipiélago canario. Éste es otro de los aportes críticos que incorporamos a nuestro trabajo y que diferencia esta investigación de aquel primer proyecto.

Debido a la magnitud de un tema como éste nuestro volumen se ofrece como una cartografía a través del tiempo y del espacio, de ahí que tan sólo hayamos abordado el comentario de algunas obras y autores concretos, cuya elección, en la mayoría de los casos, responde más bien a razones cronológicas, lo que nos ha permitido brindar una amplia visión del período que va desde el siglo XV hasta la actualidad. Además, cada cala textual posibilita una lectura —espacial y simbólica— diferente de este territorio, sin perder de vista que algunas islas han merecido más atención que otras, debido, sin duda, a las especiales configuraciones geológicas que las hacen tan peculiares. Por todo ello, nuestra obra se eleva como una propuesta que por sus diversas perspectivas no hará más que enriquecer el ingente caudal bibliográfico existente sobre las Islas Canarias.

El libro se abre con la indagación de José Ismael Gutiérrez en las llamadas “crónicas de Indias” y en otros escritos afines en busca de una teleología insular cuyos

promotores —hombres de mar, misioneros, historiadores y soldados— aciertan a fijar en sus textos algún rasgo idiosincrásico vinculado a Canarias: el Gaoré de la isla de El Hierro, el Teide en Tenerife, la leyenda de San Borondón, el carácter de los guanches... Unas veces son visiones que han quedado grabadas en la retina de sus observadores; otras parecen informaciones tomadas de la cantera de otros autores. Los cronistas de Indias insertan entre los pliegues de sus relatos el dispositivo reflectante de sus particulares inquietudes, suministrando una cartografía sesgada sobre el Archipiélago donde se registra el proceso del tránsito que va de la postura idealizante proporcionada por los gentiles a la cuestionadora de los valores míticos insulares de antaño. En virtud de ello, los historiadores de la conquista de América alinean un conglomerado de posiciones heterogéneas de enorme interés documental e imaginario, además de histórico, en lo que concierne a Canarias. La significación de la historiografía indiana va más allá de la mera función noticiosa, máxime si tenemos en cuenta que estos discursos —sin pretensiones literarias, *a priori*— emergen durante un intervalo cronológico decisivo para las Islas, situándose en el meridiano histórico en que éstas daban sus primeros pasos en el escenario global de las sociedades modernas aunque preindustriales.

Se ha dicho con razón que Canarias ha representado para el hombre europeo símbolo de un sueño premonitorio, alimento de utopistas y espacio mítico irrenunciable envuelto en un halo de candente misterio, teatro de la ilusión antes que realidad objetiva, antes que geografía y que historia. Sin embargo, sería absurdo ignorar que por la época en que se desarrolla la gesta transoceánica colombina (finales del siglo XV) los curtidos navegantes que eran los conquistadores españoles estaban ya parcialmente familiarizados con algunos componentes de la realidad isleña. Tal vez durante las primeras décadas del reinado de los Reyes Católicos la situación fuera distinta, siendo el conocimiento sobre nuestras islas más bien precario, por no decir deforme y prejuicioso. Pero, sin duda, en las diferentes fases del amplio diálogo que mantendrán isleños y peninsulares en lo sucesivo, así como en el transcurso de los contactos culturales y de las controvertidas disputas entre unos y otros, dicho vacío cognoscitivo tenderá a aminorarse considerablemente, en parte debido a los innumerables testimonios que disemina el hermenauta de turno para solaz de sus privilegiados lectores. Si bien el fenómeno de la conquista de esta región ultraperiférica del continente europeo — iniciada en 1402 por los franceses Jean de Béthancourt y Gadifer de la Salle— culminaría sólo algunos años después del “descubrimiento” del *Orbe Novo*, en concreto en 1496, fecha en que sucumbe la isla de Tenerife bajo las huestes castellanas, ya el sangriento choque inaugural sufrido entre España y la vasta masa continental americana —incomensurable pero desconocida para la vieja Europa, *locus* de asombrosas dotes paisajísticas, exuberante vegetación e inagotables fuentes de riquezas—, decidirá el estatuto posterior de unos perímetros terráqueos diferentes a los que prevalecían en los mapas diseñados en tiempos de los autores clásicos, los cuales ubicaron los míticos Campos Elíseos, el Jardín de las Hespérides o la sumergida Atlántida en un espacio fabuloso que muy bien podría corresponderse con el de Canarias. Tras el descubrimiento de América asistimos a la configuración de las Islas como un atrayente destino comercial o campo fértil para la evangelización cristiana, además de objetivo para todo tipo de exploraciones militares y científicas (para el nacimiento de su interés turístico tendríamos que aguardar varios siglos).

Para griegos y latinos el mundo conocido acababa en las Columnas de Hércules —como señalara Plinio en su *Historia Natural* y nos recuerda el padre José de Acosta

en el siglo XVI—, pero una vez avistadas las Indias occidentales al otro lado del océano, aflora con impostergerable urgencia la voluntad de penetrar en otras latitudes que rebasaban por su lejanía las capacidades de raciocinio del extranjero del Renacimiento, universos exóticos e inabarcables capaces de satisfacer ese apetito congénito del ser humano de superación, fortalecimiento espiritual e inyección de savia nueva. Candidatos a merecer la eterna felicidad y un estado de bienestar material y religioso ilimitado, el europeo, entonces, estima que con su búsqueda de otros paraísos escondidos se puede tocar el cielo, y a tal empresa va a dirigir sus mayores esfuerzos expansionistas. Por eso, tras el episodio encabezado en 1492 por el Almirante de la Mar Océana —quien, por cierto, nunca fue consciente de haber descubierto un nuevo hemisferio—, o incluso ya en épocas inmediatamente anteriores, cuando hacia las costas canarias zarpaban mercaderes mallorquines, genoveses, lo mismo que conquistadores galos, el archipiélago atlántico empieza a dejar de ser el arquetipo de prosperidad, abundancia y solución para una vida mejor sin enfermedades y padecimientos que reclamaban Homero, Hesiodo, Plinio, Ptolomeo, Isidoro de Sevilla y otros muchos poetas e historiadores de la Antigüedad grecolatina y la Edad Media, para conformarse con un papel más modesto: el de espacio de tránsito, geográficamente estratégico, sí, y palpable en su pequeñez, pero ahora cercano y habitado por una raza de hombres de costumbres “primitivas”, aunque no exentos de un alma noble.

Con todo, el tiempo se encargará de desmontar las prosaicas querencias del forastero. La fantasía, como se demuestra en los restantes capítulos del presente volumen, se verá realimentada una y otra vez con las construcciones imaginarias e imaginativas que viajeros, intelectuales y escritores de diversos lugares habrán de fabricar sobre semejante dominio. Incluso son muchos los que, sin haber pisado el suelo isleño, han elucubrado acerca de la existencia de una magia ínsita latente bajo la reseca piel de su naturaleza volcánica: aventureros, botánicos, científicos, hijos del mar... También poetas que, como André Breton, antes de arribar a suelo tinerfeño en mayo de 1935 había hablado ya de un “país lejano” al mediodía “que parece sacar toda su luz de tu vida, / y tiembla con su realidad en la punta de tus pestañas / dulce a tu encarnación como un lienzo inmaterial, / salido de la maleta entreabierta de los tiempos [...]”ⁱ. O como Jorge Luis Borges, que en su breve escala en la ciudad de Las Palmas de Gran Canaria cuando se dirigía a Europa, percibe en ese sitio de caserones ocre, plazas redondas y población sin brillo que “el alma / quebrantada de mares, / Recobró la caricia familiar de la tierra”ⁱⁱ. Subsiste así en las distintas representaciones insulares un trasfondo de realidad soñada derivada del inmenso poder demiúrgico que de forma recurrente reinventa y literaturiza el entorno de Canarias y que desemboca, a la postre, en un bagaje creativo que empieza a despuntar primero en las crónicas indianas, y más tarde en la poesía, así como en otras formas literarias (ensayo, novela, relato de viajes...) en los siglos venideros. Las crónicas, en concreto, cumplieron en su momento la inestimable misión de acicatear el proceso de fundación de la metáfora americana, a la vez que captaron de reojo una serie de estereotipos que rondan el lugar común que ha menoscabado la historia textual del Archipiélago. Las verdades que nos transmiten no pueden medirse por el mismo rasero que el dato científicamente verificable que hoy se exige a la historia. Al fin y al cabo, tal como nos cuenta Manuel Lucena Giraldo, la búsqueda de la verdad fue considerada hasta el siglo XV de nuestra era como algo relativo por muchos autores, y así desde los tiempos de Grecia y Roma ha habido cronistas, cuentistas e incluso historiadores que han falsificado fuentes, inventado testimonios o tergiversado evidenciasⁱⁱⁱ. En cualquier caso, con Juan-Manuel García Ramos resaltamos uno de los principales méritos de la historiografía naciente relativa al

Nuevo Mundo: el hecho de que abunda “en la especulación metafísica de esa nueva conciencia, en los primeros nombres dados a las cosas, en los primeros palpitos de sus colonizadores más sensibles, aquellos que no sólo viven los acontecimientos, sino que experimentan una necesidad de trascenderlos y de trascenderse”^{iv}, de lo que se desprende que, para los portavoces del Imperio español en la escritura, Canarias no fue sólo cruce de fronteras geográficas, trampolín hacia ignotas tierras, mero lugar de paso o paraíso transitorio; fue también presentimiento de un tesoro colosal que se intuía posible en la distancia, realidad vivenciable, caótica y asombrosa, e instalada, para su futuro propietario, en el laboratorio discursivo de lo deseable, laboratorio repleto de palabras, lleno de cosas que hay que contar.

Junto al esquema articulado por el cronista y el historiador de la época renacentista, un segundo capítulo del libro lo conforma la reflexión que hace Victoria Galván González sobre otras imágenes escriturales diversas, esta vez extraídas de textos de la literatura europea de los siglos XVIII y XIX. En particular, se seleccionan los géneros literarios del diario de viajes y las misceláneas, redactados por viajeros que visitaron las Islas Canarias en esos siglos, a los que se añade un caso específico, el de Jean Marie Jérôme Fleuriot de Lange (más conocido por el seudónimo de *Figaro*), que escribió un diario a partir de la lectura de otras obras, ya que no se tienen noticias ciertas de que realizara algún viaje a Canarias. El interés de Galván González es llamar la atención sobre algunos de estos textos que han llegado hasta nosotros y analizar, mediante un viaje apasionante por los vericuetos de esas experiencias de ilustrados y románticos curiosos, determinadas imágenes dispersas que hacen de nuestras islas el punto de convergencia de unas cuantas miradas extrainsulares.

Sirve de encuadre metodológico al ensayo la especulación teórica en torno al concepto de “imagen” y sus implicaciones a propósito de las representaciones sobre referentes reales o inventados. La elaboración de imágenes sobre espacios reales, como el Archipiélago canario, está supeditada a los conocimientos previos y a los *topoi* recopilados a lo largo del tiempo en las diferentes representaciones ficcionales. La relación entre el referente y la representación oscila diacrónicamente desde la percepción mítica a la recreación producto de la observación y de la experimentación. No obstante, en los casos que ocupan las páginas de este segundo epígrafe —textos escritos sobre un referente geográfico incorporado al universo cultural europeo—, perviven las apreciaciones sujetas a ideas preconcebidas. En el análisis de las obras se insertan consideraciones útiles al objeto de deducir qué aspectos han influido en la elaboración de las visiones externas sobre las Islas.

Conviene aclarar que estas páginas, como las restantes, no pretenden acometer un estudio detenido en la ingente bibliografía que existe al respecto. Sólo se efectúan algunas calas en obras y en autores concretos —el alemán Alexander von Humboldt, los franceses Figaro y Sabin Berthelot y la inglesa Olivia Stone— desde el criterio de la sugerencia particular suscitada por la lectura, con el ánimo de explorar en la manera en que los otros han creado o repensado, a través del tiempo, la “realidad” específica de Canarias.

Para cada uno de los textos examinados se establece la bibliografía existente, tanto ediciones como estudios. La literatura viajera francesa e inglesa ha recibido una atención notable por parte de la crítica, menor la escrita en lengua alemana. Desde aquí se analiza en cada obra qué modelos operan en la mente del viajero observador a la hora

de definir y delimitar el universo en el que recalca. En especial, se tiene en cuenta el contraste entre la imagen previa, producto de lecturas y de unas creencias, de una educación o una ideología concretas, y la praxis efectiva del conocimiento directo o indirecto de las Islas Canarias.

Forzando el eje cronológico, es justo reparar en la cantidad de veces que la literatura española contemporánea se ha visto enriquecida igualmente con la representación de Canarias como ámbito espacial interesante. De esta parcela se ocupa Francisco J. Quevedo García. Los escritores españoles modernos que han elegido el Archipiélago para ubicar los argumentos de sus textos, no como un mero trasfondo sino como un entorno esencial que adquiere cierto espesor literario en las obras, son numerosos. La singularidad de este tratamiento proviene de la siguiente circunstancia: se trata de un contexto con unas perspectivas diferentes del que habita el autor, así como la mayor parte de los lectores inmediatos a los que, *a priori*, van dirigidas estas producciones. Haciendo un breve repaso por las creaciones que han elegido Canarias como marco fabulador, podemos ofrecer la siguiente nómina de textos, la cual no es, ni mucho menos, completa: *De Fuerteventura a París*, de Miguel de Unamuno; *Parte de una historia* y *Cuaderno de godo*, de Ignacio Aldecoa; *La isla y los demonios*, de Carmen Laforet; *Los buscadores de agua*, de Juan Fariás; *En Canarias se ha puesto el sol*, de Jordi Sierra i Fabra; *Picadura mortal*, de Lourdes Ortiz; *La regla de tres*, de Antonio Gala; *La niebla y la doncella*, de Lorenzo Silva; *La sombra del drago*, de José Luis Sampedro, o la novela de Espido Freire *Soria Moria*.

La imposibilidad de estudiar en tan pocas páginas la totalidad de estos libros ha llevado a Quevedo García a seleccionar y a centrar su trabajo en el análisis particular de los tres siguientes: *De Fuerteventura a París* (1925), de Miguel de Unamuno; *La isla y los demonios* (1952), de Carmen Laforet; y *La niebla y la doncella* (2002), de Lorenzo Silva. Esta elección obedece, sobre todo, a razones cronológicas; sin embargo, con tales lecturas podemos obtener también una amplia visión del período temporal que va desde principios de siglo XX hasta la actualidad. En todos estos autores se advierte que la elección de las Islas se debe a motivos externos e internos; es decir, en primer lugar, existe un interés personal del creador por este territorio que, salvando las excepciones —por ejemplo el caso de Carmen Laforet (recordemos que esta novelista nace en Barcelona en 1921, pero su familia se traslada a Gran Canaria en 1923 y reside en esta isla hasta 1939)—, se va a polarizar en dos sentidos: la atracción por el paisaje de las Islas —en la que cabe advertir, además de la extrañeza y el encanto por un paraje nuevo y sorprendente, la asunción del aislamiento en toda su magnitud—, y la identidad de sus gentes. Se observa, por lo general, un trato de favor hacia el nativo, hacia el isleño, probablemente como rescoldo o secuela de la idea ilustrada del buen salvaje.

Por otra parte, evidenciamos que más allá de este contacto directo del autor con las Islas, este espacio adquiere una dimensión interna hasta el punto de que se hace inviable pensar en otro posible lugar de desarrollo de la acción o de las ideas. Si el destierro de Unamuno hubiera sido ejecutado en otro sitio distante de Fuerteventura, sin duda hubiera devenido también en una obra de destierro, como lo es *De Fuerteventura a París*, pero no se habría planteado en esa hipotética creación el significado que alcanzó el mar y la palmera y los llanos desiertos de la isla en el fuerte sustrato filosófico e ideológico que posee en este singular libro.

También en *Los buscadores de agua*, de Juan Farias, la narración se articula sobre un asunto determinante de la fisonomía canaria: el agua, y el valor que ésta adquiere en unas islas que acusan su escasez. Es un motivo de identidad cultural de las Islas y, como tal, se configura al mismo tiempo en baluarte estructural de la novela.

Por otra parte, en la mayoría de las obras se imbrica la realidad insular con la ficción, erigiéndose en parte sustancial que repercute en la construcción interna de los textos. A través de Unamuno y de su particular destierro en Fuerteventura se puede incursionar en la literatura del primer tercio del siglo XX; con Carmen Laforet, Quevedo García incide en la novela de Posguerra; y, por último, con Lorenzo Silva en la de las últimas décadas. De otro lado, cada una de estas creaciones difunde una mirada distinta de Canarias —simbólica y trascendente, en Unamuno; maternal y telúrica, en Laforet; paradisiaca, ecologista y crítica, en Silva—, que polariza y, por lo tanto, enriquece las respectivas concepciones culturales que se promueven.

En tercer lugar, el trabajo de Ángeles Mateo del Pino, en una primera parte —“La isla como símbolo: Paraíso. Infierno. Purgatorio”—, revisa el concepto de isla y sus muchas connotaciones míticas, psicológicas, literarias..., las que, desde tiempos inmemoriales, han configurado el arquetipo del *topos* insular. Como apunta Claude Kappler, existen espacios que por su naturaleza y por su posición en el universo están más predestinados a asumir una función simbólica^v. Por ello no es de extrañar que haya toda una tipología literaria o poética de las islas, que abarca desde las míticas a las legendarias, pasando por las escatológicas, utópicas, flotantes, fantasmales, perdidas, paradisiacas, mágicas, encantadas... Pero no trata este ensayo de analizar cada una de las interpretaciones que se han hecho de ellas; interesa más bien detenerse en aquellas que se identifican con el Paraíso, el Infierno o el Purgatorio. En cualquier caso, precisa la autora, en todo momento se hace particular referencia al imaginario que se evidencia en las obras literarias, pues, como advierte Juan Eduardo Cirlot^{vi}, la tremenda complejidad de un símbolo como éste implica que encierre distintos significados, dependiendo siempre del punto de partida que se adopte a la hora de leer. Es por este motivo que frecuentemente se comprueba que los escritores muestran una predilección por los paisajes isleños, tal vez porque las islas han llegado a asumir una función simbólica que las hace poseedora de una naturaleza maravillosa y, por eso, son idóneas para que en ellas se desarrollen las aventuras humanas, aunque también las peripecias divinas. De este modo, frente a esa imagen “paradisiaca” de las islas se halla también sentidos que remiten a conceptos tales como aislamiento, soledad y muerte, lo que conecta con las “islas escatológicas”, es decir, aquellas relacionadas con todo lo concerniente a la muerte y al mundo del Más Allá. La isla como Paraíso se contrapone a la existencia simbólica de la isla como espacio fatal: ínsulas malditas frente a ínsulas bienaventuradas, aun cuando igualmente se advierte un sentido de exilio, penitencia y castigo. No en vano, el hombre ha hecho de las islas un lugar idóneo para la condena, como lo prueban las diferentes cárceles que han sido construidas en estos lares.

La primera parte de este capítulo debe entenderse entonces como un breve recorrido por las múltiples interpretaciones con las que se ha recubierto a las islas a lo largo de la historia: ámbito paradisiaco, *locus amoenus*, espacio maldito y de purificación. Tal vez, como decía Domingo Pérez Minik, esto se deba al hecho de que “vivir en las Islas es una condenación y una felicidad, un purgatorio y un paraíso”^{vii}. Lecturas contrapuestas son las que se infiere: Paraíso *versus* Infierno, aunque en medio de ambos sentidos se sitúe la imagen de la isla como Purgatorio. En cierta manera, ésta

y tantas otras opiniones no hacen más que corroborar la idea de que las Islas Canarias han experimentado desde hace tiempo “un proceso de mitización como pocas zonas de la tierra. Todo en ellas da la impresión de estar en la órbita del mito: su geografía, sus montañas, sus árboles, su raza aborigen e incluso hasta su propia nomenclatura”^{viii}. Sin duda ha jugado a su favor que hasta el hallazgo colombino, según hemos señalado más arriba, el Archipiélago fuera la última tierra conocida de Occidente.

En una segunda parte —“La isla o el espacio de la muerte: Severo Sarduy”—, la autora analiza la obra *Pájaros de la playa* (1993), del escritor cubano Severo Sarduy, quien sorprende en sus últimos años con unas publicaciones en las que se evidencia su reencuentro con la tradición literaria cubana y, por ende, con su propio origen isleño. En este sentido, destacan dos títulos, uno de poesía y otro de narrativa: *Un testigo perenne y delatado* precedido de *Un testigo fugaz y disfrazado* y *Pájaros de la playa*, ambos editados en 1993, el mismo año de su muerte. Si bien en la primera obra este reencuentro se materializa gracias a la utilización de la décima espinela, forma popular cubana, en el segundo libro el espacio insular se convierte en el gran protagonista de la novela, ya que, a través de un constante juego de proyección y simulación, se va configurando una alegoría del a-isla-miento. Se asiste así a una doble lectura de la imagen insular, no sólo como territorio o geografía física sino, sobre todo, como espacio corporal, símbolo de una identidad debilitada. La isla que va a recrear entonces Severo Sarduy, aun cuando nunca la nomina, es Lanzarote, que de esta forma se torna en una especie de “ínsula maldita”, con ella se dan la mano la idea del paraíso y la del castigo, dolor, sufrimiento, fatiga y muerte. Ínsula —siempre innominada— que, en una suerte de proyección, se convierte en el “reflejo puntual de la otra en el azogue del océano”. De esta forma, Cuba deviene Lanzarote —véase la similitud con lazareto— y Lanzarote deviene Cuba. Hay datos suficientes para concluir que se trata de esta isla canaria, no sólo porque se sabe que Severo Sarduy conocía y gustaba de ella, pues la había visitado, sino también porque en la novela se ofrece toda una serie de información que resulta característica de este espacio: la arena seca, las piedras porosas y azuladas “como vestigios lunares”, los jameos o cráteres de volcanes apagados y sobre todo la alusión al joven arquitecto que vive en ella: César Manrique, quien murió el 25 de septiembre de 1992 debido a un trágico accidente automovilístico.

En la tercera parte de su ensayo —“Los paraísos encontrados: Manuel Díaz Martínez”—, Mateo del Pino se detiene en la producción poética de este escritor cubano y en la conciencia de lo insular que ella refleja. Sin embargo, se comprueba que son muy pocas las referencias explícitas a su insularidad y escasas las imágenes que tienen que ver con el componente isleño, a pesar de que el destino lo ha llevado de una isla —Cuba— a otra —Gran Canaria—, su “isla de repuesto”, tal y como la calificó el crítico chileno Hernán Loyola. No es frecuente hallar una profusa imaginería insular en la obra de este poeta, pues la mayoría de las veces, de manera sutil, Manuel Díaz Martínez teje los hilos del adentro y del afuera a través de los afectos y los amigos; éste será entonces el centro poético de su isla o el centro insular de su poesía. De este modo, se diferencia el ámbito isleño de otros espacios, sin aludir directamente a la realidad geográfica, más bien a una temperatura estacional y sentimental. *Memorias para el invierno* (1995), uno de sus últimos poemarios publicados, es, sin duda, el libro en el que se incluye la mayor cantidad de textos con referencia insular, sobre todo si se compara con los editados hasta la década del noventa, pues el poeta, ahora exiliado, reside en el archipiélago canario desde 1992. La isla para Manuel Díaz Martínez es algo más que un accidente geográfico, una circunstancia de agua, unos fenómenos atmosféricos, un territorio

conocido o por conocer, aromas, sabores, historias y acentos, ámbito del recuerdo, de lo ganado y lo perdido, mundo de los afectos... Es sobre todo símbolo del ser que se resiste a perder su corazón y, en este sentido, ofrece su “alimento necesario”, tal y como quería Juan Ramón Jiménez, que no es otro que el de su poesía. Su conciencia de la isla como “Paraíso encontrado” alude a su compromiso de hombre en el universo, “se escribe para la vida”, para ir en busca de uno mismo —ha dicho alguna vez—. Este es el centro poético de su isla o el centro insular de su poesía. Porque para Manuel Díaz Martínez *su isla es el mundo y el mundo en sus manos deviene isla poética.*

A través de la “invención” de Canarias a partir del imaginario construido por autores de diferente procedencia, sobresale el lugar peculiar que algunas de las islas han venido ocupando. Es el caso de Lanzarote, espacio protagónico en la novela de Severo Sarduy. Quizás influya en esto su especial estructura geológica, pues conserva aún vestigios de los grandes cataclismos de fuego que la azotaron en el pasado. Lo cierto es que este territorio con nombre evocador ha atraído desde siempre la mirada de muchos autores extranjeros que la han recreado en sus escritos desde las más diversas perspectivas literarias, contribuyendo así a la construcción de esa particular discursividad insular en la que se funde o confunde la historia y el mito, la realidad y la fantasía, en el marco siempre fecundo de la ensoñación creadora.

Es el tema del quinto capítulo que presentamos, y que se centra en la recreación literaria del espacio lanzaroteño a través de tres autores provenientes de contextos culturales foráneos. En primer lugar, José Saramago, el escritor portugués galardonado con el premio Nobel en 1998, afincado desde 1993 en la isla, y responsable, como algunos otros, de la universalización de este territorio insular. No se tienen noticias de la aparición del libro sobre Lanzarote que el escritor prometió escribir publicar bajo el título de *Titerroigatra* (el nombre primitivo de la isla), por lo que Osvaldo Rodríguez Pérez, el autor de este último trabajo, opta por seguir el rastro de su recreación literaria a través de los *Cuadernos de Lanzarote I y II* (1993-1995 y 1996-1997) y de su relato *El cuento de la isla desconocida* (1998), que sí lograron vertebrarse en forma de texto. Dichas obras ponen de manifiesto, por una parte, el fondo autobiográfico de la escritura de Saramago afianzada en la realidad de su vida cotidiana y, por otro, el vuelo de la imaginación que se proyecta al ámbito insular, metafóricamente concebido como el espejo que refracta su propio existir. Tales componentes —reflexión y proyección imaginativa— convergen sobre la propia existencia del autor, identificando hombre e isla, ambos sometidos al paso del tiempo en una visión especular en modo alguno fija o unívoca.

Además, Rodríguez Pérez se refiere a la recreación imaginaria de la isla a través de otro escritor universal: el mexicano Carlos Fuentes, que hace de Lanzarote el refugio de su personaje Jorge Maura en su novela *Los años con Laura Díaz* (1999). Si la visión de Saramago se enmarca en el presente de su diario vivir en la volcánica Lanzarote, la escritura de Carlos Fuentes —simbólica por ser novelesca—, además de situarnos en el pasado, se corresponde con la visión de quien está de paso. El marco ambiental de Lanzarote es clave para el entramado novelesco porque la isla es el espacio del reencuentro y, a la vez, del definitivo desencuentro entre los protagonistas. Mientras Laura Díaz, la protagonista de la novela, decide abandonar la isla, su amante Jorge Maura se queda definitivamente en ella para vivir su particular *vía crucis* en busca de sí mismo. La imagen de lo insular se corresponde, por tanto, con la visión interiorizada del atormentado personaje que ha decidido refugiarse en Canarias huyendo de sí mismo y

de su circunstancia. Desde este ángulo, Lanzarote adquiere un notable valor simbólico convirtiéndose en espejismo para este personaje que, al negar la realidad del lugar que habita, se sitúa fuera del tiempo, en un vano intento por negar su propia existencia y, con ello, la historia de derrotas que lo ha marcado. En definitiva, Lanzarote es para el personaje de Carlos Fuentes un cobijo a medias, más próximo a un enterramiento en vida, a una tumba pétrea por la que discurre la precaria existencia de este ser agónico que halla en la isla el reflejo de sus propios cataclismos existenciales.

Completando la tríada de aproximaciones literarias a Lanzarote, se examina, finalmente, la imagen, ciertamente controvertida, con que el polémico autor francés Michel Houellebecq evoca la isla en sus libros *Lanzarote. En el centro del mundo* (2000) y *La posibilidad de una isla* (2005). En un principio y desde una perspectiva externa, el ámbito insular es para el joven narrador de la primera de las obras mencionadas un micromundo saturado de turistas que buscan llenar el vacío de sus existencias con experiencias fuera de lo común en el ocio de las vacaciones. La mirada que proyecta este frívolo turista sobre el ámbito insular sin duda está condicionada por el desinterés del hombre urbano, incapaz de resistir el aislamiento o el repliegue sobre sí mismo que implica su estancia en la isla. Desde el punto de vista del foráneo, no sólo ajeno sino también desinteresado por las circunstancias insulares, las cualificaciones sobre la naturaleza y la geografía de Lanzarote son desesperantes y brutales. Hay en esta mirada una banalización consciente de la realidad, que no sólo se proyecta al ámbito insular, sino a la propia existencia de este personaje desmotivado, disconforme consigo mismo y con todo lo que le rodea. Sin embargo, el efecto transformador de la isla comienza a manifestarse muy pronto en su conciencia. De este modo surge la reflexión derivada de la portentosa visión del entorno isleño como espacio donde saltan a la vista los signos del Apocalipsis y del Génesis volcánico y oceánico. Lanzarote resulta ser una revelación para este frívolo viajero que llega a la isla con el desencanto del siglo y que sale de ella con la esperanza de un nuevo mundo construido sobre las ruinas del presente. Utopía que metafóricamente encuentra su expresión en ese trozo de tierra que emerge del fuego y las cenizas, y que Houellebecq desarrolla en el segundo libro que se comenta, *La posibilidad de una isla*. En conclusión, la visión apocalíptica, desoladora, de Lanzarote es también “posibilidad de regeneración” y es esta imagen de la isla, que ha sobrevivido a tantos cataclismos de lava y de fuego, la que impulsa al protagonista de la novela a buscar la continuidad de la vida tras la destrucción de la humanidad.

Estos tres discursos revisitados por Rodríguez Pérez son, pese a sus diferencias, complementarios, pues todos nutren, de un modo u otro, el sinuoso tejido del imaginario isleño fundado en la especial configuración geológica de Lanzarote, una ínsula que ha persistido a las más grandes mutaciones telúricas y a los candentes desbordamientos de lava que la han recubierto y transformado; erupciones cuyos vestigios evocan el Apocalipsis pero también, se ha dicho, el Génesis de la humanidad, la pervivencia siempre provisoria de la existencia.

En definitiva, el acercamiento a la otredad insular que subyuga a los foráneos que se han aproximado al territorio canario se empapa de una microhistoria compleja, de una tradición de pensamiento, de unas imágenes espejeantes y de un vocabulario que a la región entrevista y descrita le concede entidad propia y una presencia dual, múltiple. Estas miradas y pinturas han servido de piedra angular para la elaboración de teorías, epopeyas, novelas, descripciones sociales o informes políticos. Es precisamente en la vista, en la impresión táctil o en el oído, es en la emoción y en el sentimiento de quien

palpa, contempla o sueña lo “otro” donde surgen los símbolos, las metáforas que envuelven al objeto ajeno con un ropaje de atracción o repulsión que aporta riqueza y ambigüedad al cuerpo de ese universo que es convocado en la escritura: territorios extraños, gentes foráneas, costumbres, “mentalidades” o destinos ininteligibles. Es necesario ahondar en esa otra vertiente de nuestro Archipiélago para abrir así nuevas brechas de investigación en las que puedan seguir escarbando en el futuro otros estudiosos.

Los cinco trabajos que compilamos en este libro tienen, en su diversidad de perspectivas, un elemento unificador: Canarias, las islas como referente y como discurso. Todos abordan críticamente la acogida que ha tenido Canarias entre los extranjeros y los españoles peninsulares. Ellos divisaron el mapa archipelágico como un signo que hay que leer, que hay que descodificar, y muchos así lo hicieron. Sus textos hablan desde fuera, desde la complacencia, desde la ignorancia o, más raramente, desde el malentendido. Pero sin esas voces complementarias, sin esos pestañeos y guiños de autores y viajeros pertenecientes a ámbitos geográficos o culturales ajenos a las fronteras insulares, la lectura de la identidad del ser propio no podría fraguarse al completo, ya que, tal y como ha expresado el crítico y traductor Xavier Riesco, “sólo estamos seguros de nuestra existencia cuando nos llaman por nuestro nombre”^{ix}. Éste es, pues, uno de los principales objetivos de *Ínsulas forasteras*: señalar pistas de identificación que desde el exterior nos trasladen a la esencia de la matriz, rastrear indicios aleatorios de la presencia canaria en el mundo, descodificar sus claves, establecer criterios o metodologías valorativas que permitan definir las excelencias de ese espacio, sus limitaciones, afanes y paradojas.

ⁱ Poema incluido en *L'air de l'eau* (1935), reproducido en André Breton, *El viaje a Tenerife*, pról. de Antonio Álvarez de la Rosa, sel. de Alfonso González Jerez, Santa Cruz de Tenerife/Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea, 2003, p. 43.

ⁱⁱ Esta composición de juventud, fechada en 1923, no aparece recogida en las poesías completas del escritor argentino. Cito por Francisco León, *El sueño de las Islas*, Santa Cruz de Tenerife/Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea, 2003, p. 59.

ⁱⁱⁱ Manuel Lucena Giraldo, “Falsificaciones de la historia ¿El triunfo de la verdad?”, *Clío*, 86 (2008), p. 32.

^{iv} Juan-Manuel García Ramos, *Por un imaginario atlántico. Las otras crónicas*, Barcelona, Editorial Montesinos, 1996, p. 181.

^v Claude Kappler, “La cosmografía y lo imaginario”, en *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, trad. de Julio Rodríguez Puértolas, Madrid, Akal (col. Universitaria nº 103), 1986, p. 36.

^{vi} Juan Eduardo Cirlot, *Diccionario de símbolos*, Madrid, Círculo de Lectores, 1998, p. 263.

^{vii} Domingo Pérez Minik, “La condición humana del insular”, en *Isla y literatura*, I, ed., sel., introd. y notas de Rafael Fernández Hernández, Santa Cruz de Tenerife, Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, 2004, p. 50.

^{viii} Marcos Martínez, “El trasfondo mítico de la historia y literatura canarias”, en Rafael Fernández Hernández (coord.), *Historia crítica. Literatura canaria: De los inicios al siglo XVII*, I, Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria, 2000, pp. 167.

^{ix} Xavier Riesco, “Declaración de intenciones”, en *Proa a Canarias*, Santa Cruz de Tenerife/Las Palmas de Gran Canaria, Ediciones Idea, 2003, p. 12.